

Cantaro

Colección del **MIRADOR**

Juan Moreira

EDUARDO GUTIÉRREZ



Colección del *MIRADOR*

Juan Moreira

EDUARDO GUTIÉRREZ

 Cantaro

Colección del
MIRADOR

Gerente de Ediciones: Daniel Arroyo

Editora: Ana Lucía Salgado

Texto original establecido por: Alejandra Laera

Secciones especiales: Loreley El Jaber y Claudia A. Román

Corrección: Amelia Rossi

Jefe del Departamento de Arte y Diseño: Lucas Frontera Schällibaum

Diagramación: Mariano Gaitán

Coordinación de imágenes y archivo: Samanta Méndez Galfaso

Tratamiento de imágenes: Pamela Donnadio, Máximo Giménez y Tania Meyer

Imagen de tapa: Latinstock

Imágenes: Archivo General de la Nación

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Gutiérrez, Eduardo

Juan Moreira. - 1ª ed. 1ª reimp. - Boulogne: Cántaro, 2015.
368 p. ; 19 x 14 cm - (Del mirador; 219)

ISBN 978-950-753-271-9

1. Literatura Gauchesca.
CDD A860

© Editorial Puerto de Palos S.A., 2011

Editorial Puerto de Palos S.A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / *Printed in Argentina*

ISBN 978-950-753-271-9

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Primera edición, primera reimpresión.

Esta obra se terminó de imprimir en marzo de 2015, en Encuadernación Aráoz S. R. L., Avda. San Martín 1265, Ramos Mejía, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Puertas de acceso

Eduardo Gutiérrez: una vida de aventuras y letras

Su nombre completo fue Eduardo Paulo Gutiérrez, y nació en Buenos Aires el 15 de julio de 1851. En su familia había ya un literato patriota y popular: su tío fue el poeta gauchesco Bartolomé Hidalgo, autor de cielitos y diálogos patrióticos en las primeras décadas de gobierno independiente. Ya adulto, esta relación entre pueblo, patria y letras tomará la forma de una vocación familiar. Uno de sus hermanos (Eduardo es el sexto varón), Ricardo, médico y fundador



Eduardo Gutiérrez.

del Hospital de Niños de la Ciudad de Buenos Aires que hoy lleva su nombre, se hará famoso como poeta (entre sus libros más conocidos están *La fibra salvaje* (1860) y *Lázaro* (1869)). Otro, José María, encontrará la celebridad entre los periódicos y las polémicas, como hombre de confianza de Bartolomé Mitre (hecho al que debe el apodo de Cacique). Juan, Alberto y Carlos también se dedicarán a diversas tareas vinculadas con la prensa: serán administradores, *reporters* o noticieros de diversas publicaciones.

Sin embargo, durante sus primeros años, Eduardo no sueña con ser escritor. Pasa su infancia entre la efervescencia política que

sigue a la caída del gobernador Juan Manuel de Rosas tras el pronunciamiento de Justo José de Urquiza y la batalla de Caseros (3-2-1852) y los avatares de la separación de Buenos Aires de la Confederación. Durante unos pocos meses tomará clases en el Colegio Nacional de Buenos Aires, donde conocerá a algunos de los amigos que lo acompañarán el resto de su vida; entre ellos, el escritor Miguel Cané. Completa su educación en el colegio de los hermanos Junor, donde solo se habla inglés. Mientras —al igual que Cané, seguramente al igual que todos los jóvenes porteños de esos años—, lee novelas folletín de Alejandro Dumas, y del español Manuel Fernández y González. Toca el piano y disfruta de estar al tanto de las últimas novedades musicales: junto con Cané, es uno de los jóvenes que consigue que se estrene, en Buenos Aires, la ópera *Fausto*, de Charles Gounod, antes que en París¹.

Ya por entonces Mitre se ha convertido en presidente de la República Argentina (1862-1868) unificada en Pavón (1861). José María Gutiérrez funda en esos años un periódico, *La Nación Argentina*, que funciona como su vocero y el de los intereses del triunfante liberalismo mitrista. Eduardo aprovecha la oportunidad para escribir sus primeras crónicas con el seudónimo de Benigno Pinchuleta.

Con el paso de los años sus ocupaciones se vuelven más formales. Actúa en la Inspección de Milicias (1872) y, más tarde, lucha en el Regimiento 2 de caballería que combate en la frontera contra los indios. En 1874, tienen lugar elecciones de diputados y para decidir quién sucederá al presidente saliente, Domingo F. Sarmiento (1868-1874). Los principales candidatos son Mitre y Nicolás Avellaneda, quien resulta triunfante en unos comicios

¹ Este estreno tendrá consecuencias importantes en la literatura argentina: una conversación entre Ricardo Gutiérrez y el poeta gauchesco Estanislao del Campo, sostenida durante la representación de esta ópera, se convertirá enseguida en la versión criolla del *Fausto*, escrita por Del Campo (1866).

célebres por las denuncias de fraude que suscitaron, y en los que un gaucho pendenciero y matón político, Juan Moreira, tiene un papel clave. Mitre se subleva contra el gobierno recién electo. Las fuerzas “revolucionarias” de Mitre y las de Avellaneda se cruzan en el combate de La Verde. Entre estas últimas, que resultarán triunfantes, pelea Eduardo Gutiérrez.

En 1879, las elecciones presidenciales se acercan nuevamente. Esta vez se suma un punto importante en la disputa: la federalización de la ciudad de Buenos Aires, vale decir, su separación del territorio de la provincia (y junto con ella, la posibilidad del traspaso de los fondos correspondientes a la nación). Ese mismo año, Eduardo retoma en forma sistemática sus participaciones periodísticas, ahora en otro diario familiar, *La Patria Argentina*, donde comienza escribiendo crónicas policiales. Publica, sin firma, un primer folletín (*Antonio Larrea. Un capitán de ladrones en Buenos Aires*), y poco después, *Juan Moreira*. El éxito de público que obtiene lo lleva a salir del anonimato: Gutiérrez acaba de descubrir que es un autor. Pocos días después de que la novela termine, la imprenta del diario la publica en folleto, multiplicando su repercusión.

Al año siguiente vuelve la lucha, esta vez entre el gobernador de Buenos Aires, Carlos Tejedor —junto a quien combate Eduardo Gutiérrez— y quien será el triunfador de la batalla y de la elección presidencial: el general Julio Argentino Roca. Con la derrota de Buenos Aires, Gutiérrez abandona de manera definitiva sus ocupaciones militares. Solo en 1880 publica *Juan Cuello, El Jorobado, Santos Vega, El Tigre del Quequén*; al año siguiente, *Los grandes ladrones y Hormiga Negra*; en 1882, *Don Juan Manuel de Rosas y La muerte de Buenos Aires...* En pocos meses, Eduardo Gutiérrez se ha convertido en un escritor profesional: retirado de la política y de la actividad militar, escribir sistemáticamente para publicar es la actividad que ocupa la mayor parte de su jornada, y también la que le proporciona el dinero necesario para vivir.

En los diez años que van de la aparición de *Juan Moreira* a la muerte de Eduardo Gutiérrez, el 2 de agosto de 1889, la historia de este gaucho pendenciero, pero también heroico, consagra a su autor como escritor popular. A lo largo de ese tiempo, Gutiérrez escribe sin descanso y publica casi treinta novelas folletín: con gauchos, “dramas de terror” —que recrean o reflejan episodios de la época de Rosas—, “dramas policiales”, “históricos” y hasta “cómicos”, además de otros textos no folletinescos.

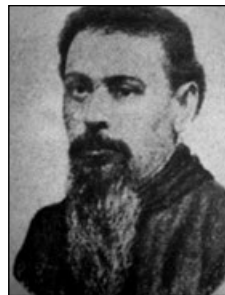
Sin embargo, Moreira se cruza una y otra vez en su camino: en 1884, el actor y empresario teatral José *Pepe* Podestá encarna a su protagonista en un mimodrama que conmoverá a espectadores bonaerenses y montevideanos. Dos años más tarde, Podestá pone diálogo a la pieza, y el suceso se repite: ya todos los espectadores quieren ser Juan Moreira. Lejos del hombre que lo había inspirado, el Moreira de Gutiérrez empezaba a tener una vida propia, y muchos vivían a través de él.



José J. Podestá.

Juan Moreira: una vida de leyendas y entreveros

Algunos afirman que su verdadero nombre era Juan Gregorio, y que era hijo de un inmigrante gallego llamado Mateo Blanco. Otros, que nació en San José de Flores o quizá en Morón, hijo de “padres desconocidos”. Otros, que su padre habría sido Ciriaco Moreira, un mazorquero a las órdenes del gobernador Juan Manuel de Rosas, que



Juan Moreira, el verdadero.

el mismo gobernador habría mandado fusilar hacia 1843. Que nació en 1819, o más bien hacia 1835 o 1840. Lo cierto es que la vida de Juan Moreira, gaucho asesino, guardaespaldas de políticos y héroe de leyenda, mezcla las dosis precisas de misterio y certidumbre.

Aprendió las tareas de campo en Lobos, donde su madre lo habría enviado para que “se disciplinara”. Trabajó más tarde en Navarro y en La Matanza, siempre en la provincia de Buenos Aires. Cuentan que además de ser un habilidoso domador, gustaba de cantar acompañándose con la guitarra. Consiguió afincarse en Navarro y, con el producto de su trabajo, pudo reunir una pequeña hacienda. Se casó con Vicenta Andrea Santillán, con quien tuvo tres hijos. Hacia 1856, un pueblero que diez años más tarde sería el gobernador de la provincia, Adolfo Alsina, visitó la estancia donde tenía su puesto. Como todos los argentinos mayores de edad de su época, Moreira había tenido que cumplir funciones militares en la Guardia Nacional, y se había destacado en las invasiones que el ejército dirigía contra los indios. Esta reputación le valió su nuevo empleo: será custodio de Alsina, el político autonomista más notable de su época. Poco después de conocer a Moreira, Alsina le regaló un arma que se haría famosa: su daga de plata, que medía 84 centímetros y pesaba 760 gramos.

La suerte cambió para Moreira antes de 1869. Para entonces, el prontuario judicial hace constar que había matado al pulpero genovés Sardetti en el paraje de Matanzas (hoy San Justo), por una deuda que este no reconocía; y poco después al teniente alcalde Juan de Córdoba, a quien había infligido 29 puñaladas. A partir de entonces, pasa de un partido a otro de la provincia, amparado a veces por algún político autonomista (Alsina era vicepresidente de la República desde 1868), huyendo otras porque lo persigue la justicia, matando cuando se presenta la ocasión. Hacia 1873, la información judicial lo ubica en Rojas, haciéndose llamar Agustín o Santiago Blanco. Más tarde, escapando siempre,

se dirige hacia el oeste (quizá cerca del actual partido de 9 de Julio) y se refugia en las tolderías del indio Coliqueo. Cuando sigue su marcha, todos los pueblos le ofrecen refugio y protección. Las partidas policiales no logran capturarlo, y ya se escucha que es invulnerable a balas y sablazos “oficiales”.

En 1874, Moreira tiene un papel central en unas célebres y escandalosas elecciones legislativas y presidenciales. No está solo: lo acompaña su amigo Julián Andrada o Andrade, y dos o tres hombres más. Pero no actúa ya a favor de los autonomistas de Alsina, sino de su adversario político, Mitre, líder del partido nacionalista. Lo hace tal vez porque sus primeros patrones, en la estancia de Navarro, que lo habían protegido y le habían dado trabajo, eran mitristas; tal vez por oponerse al candidato del autonomismo, Avelleda, quien finalmente triunfará. Pero en Navarro, y gracias al “trabajo” de Moreira, los resultados son incontrastables: el mitrismo gana por 323 votos contra 65. El día anterior, Moreira se había batido a duelo con José Leguizamón, a quien habría picado preguntándole si era Alsina quien lo mandaba para matarlo.

Pocos días después, a fines de abril de 1874, el comandante Francisco Bosch, conocido al-
sinista, consigue emboscarlo —merced a una delación— en un prostíbulo de Lobos llamado La Estrella. Entre la docena de hombres que formaban la partida policial, uno logró darle un bayonetazo, que lo dejó clavado en la tapia por sobre la que intentaba huir: era el sargento Andrés Chirino, quien gracias a esta “hazaña policial” se ganaba un lugar en la leyenda.

El muro contra el que fue asesinado Moreira se convirtió rápidamente en lugar de peregrinación y culto popular. Y aún lo es hoy.



Andrés Chirino, el sargento que dio el bayonetazo fatal.

Colección del **MIRADOR**

Juan Moreira

EDUARDO GUTIÉRREZ

Criterio de la presente edición

Por ser considerada la más fidedigna al texto original, la versión de *Juan Moreira* que se presenta en este libro es la edición crítica realizada por Alejandra Laera, en 1999. El trabajo se basó en un detallado cotejo de las primeras ediciones realizadas por el propio Eduardo Gutiérrez, especialmente la segunda edición ampliada de junio de 1880, contra el original del folletín publicado por primera vez en el periódico *La Patria Argentina*.

*Como fiera perseguida
piso una senda de abrojos,
sin sueño para mis ojos,
ni venda para mi herida;
sin descanso ni guarida,
ni esperanza, ni piedad.
y en funebre soledad
a mi dolor amarrado,
voy a la muerte arrastrado
por mi propia tempestad.*

Lázaro, de Ricardo Gutiérrez¹

¹ Ricardo Gutiérrez (1836-1896) fue médico, escritor y cofundador, junto a sus hermanos, del diario *La Patria Argentina*. *Lázaro*, poema culto de tema rural, fue publicado en 1869. Su protagonista es un gaucho de la época colonial que se enamora de la hija de un hombre de poder que usa su ascendencia social para perseguirlo. En el primer capítulo de su novela, Gutiérrez reescribe este epígrafe y otros pasajes del poema “en clave popular y de denuncia política”.

Juan Moreira es uno de esos seres que pisan el teatro de la vida con el destino de la celebridad; es de aquellos hombres que, cualquiera que sea la senda social por donde el destino encamine sus pisadas, vienen a la vida poderosamente tallados en bronce. Moreira no ha sido el gaucho cobarde encenagado en el crimen, con el sentido moral completamente pervertido; no ha sido el gaucho asesino que se complace en dar una puñalada y que goza de una manera inmensa viendo saltar la entraña ajena desgarrada por su puñal.

No; Moreira era como la generalidad de nuestros gauchos; dotado de un alma fuerte y un corazón generoso, pero que lanzado en las sendas nobles, por ejemplo, al frente de un regimiento de caballería, hubiera sido una gloria patria, y que empujado a la pendiente del crimen, no reconoció límites a sus instintos salvajes despertados por el odio y la saña con que se lo persiguió.

Moreira sabía que peleando defendía su vida amenazada de muerte, y peleaba de una manera frenética, y haciendo lujo de un valor casi sobrehumano.

Moreira tenía los sentimientos tiernos e hidalgos que acompañan siempre al hombre realmente bravo. Educado y bien dirigido, cultivadas con esmero su propensión guerrera y su astucia, inherente a la mayor parte de nuestros gauchos, ya lo hemos dicho, hubiera hecho una figura gloriosa.

Hasta la edad de treinta años fue un hombre trabajador y generalmente apreciado en el partido de Matanzas, donde habitó hasta aquella edad, cuidando unas ovejas y unos animales vacunos, que constituían su pequeña fortuna.

Domador consumado, se ocupaba en amansar aquellos potros que, por indomables, le llevaban a su puesto con aquel objeto. No concurría a las pulperías sino en los días de carreras, en que iba a ellas montado sobre un magnífico caballo parejero², aperado³ con ese lujo del gaucho que reconcentra toda su vanidad en las prendas con que adorna su caballo en los días de paseo.

Nunca se lo había visto beber con exceso, ni andando en aquellas fatales parrandas de los gauchos donde nacen las peleas que terminan generalmente enterrando un cadáver más en el cementerio y proporcionando una nueva alta a los cuerpos de caballería que guarnecen las fronteras, cuerpos de línea que guardan las leyendas más tristes de pobres gauchos enviados allí con el pretexto de ser vagos o no tener hogar conocido.

Pero dejemos aquellas fúnebres historias de que algún día nos ocuparemos, y volvamos a Juan Moreira.

Si alguna vez se lo vio desnudar su daga y guardarla en la cintura, sucia de sangre, era cuando, mezclado a la guardia nacional, salía en persecución de alguna invasión de indios que hubiera venido a los partidos vecinos.

En esos días en que los buenos guardias nacionales abandonaban el lazo y la marca para seguir al comandante militar del partido, Moreira se presentaba montado en su mejor caballo, llevando de tiro a su soberbio parejero. En el combate se lucía; en la persecución siempre salía adelante en alas de su caballo, que parecía volar y, concluido el combate y derrotada la indiada,

2 *Parejero*: caballo preparado para correr carreras.

3 *Aperar*: proveer de instrumentos y herramientas. Aparejar un caballo.

regresaba a su puesto sin pedir la menor recompensa, apreciando lo que acababa de hacer como el cumplimiento de una obligación ineludible.

En este género de correrías se había conquistado el nombre de *El Guapo*, con que lo distinguían aun fuera de su pago, llegando sus compañeros hasta no considerar eficaz una persecución a los indios si en ella no había tomado parte el amigo Moreira.

Moreira vivía casado con una paisanita, hija de un honrado vecino de su mismo partido, y tenía de ella un hijito que constituía toda su aspiración y todo su haber en el mundo, fuera de su mujer a quien quería con idolatría.

Jamás se alejaba a las persecuciones de indios sin estrechar en sus brazos al pequeño Juan Moreira, a quien llamaba *mi crédito*; y últimamente lo llevaba consigo a todos sus paseos, ya a las cabezadas de su lujoso apero, ya a su lado gauchamente montado sobre un peticito que domara expresamente para él y en cuyas prendas figuraban los más bellos trenzados de tiento⁴ de potro que salían de sus manos, primorosas para este género de trabajos.

Moreira poseía una tropa de carretas, que era su capital más productivo y en la que traía a la estación del tren inmediata grandes acopios de frutos del país, que se le confiaban conociendo su honradez acrisolada.

Allá en su pago y años atrás, él había sido también una especie de trovador romancesco. Dotado de una hermosa voz, solía templar su guitarra, llena de incrustaciones de nácar, en algún baile de amigos, y echar un par de tiernas y amorosas décimas, con ese sentimiento delicado de que está dotado nuestro gaucho payador, sentimiento que se ve rebosar en su cara inteligente y que da a su canto una modulación rara y quejumbrosa y que llega hasta el fondo del alma.

4 *Tiento*: tira delgada de cuero.

Cuando un gaucho canta un triste⁵ parece que vertiera él todo un compendio de desventuras. Su rostro moreno se baña de una intensa palidez; su voz tiembla; brilla su pupila humedecida por una lágrima; los dedos con que oprime la cuerda sobre el diapasón parece que quisieran encarnar en ella todo lo que siente; la guitarra gime de un modo particular, y el que escucha se siente dominado por un éxtasis arrobador.

El gaucho trovador de nuestra pampa, el verdadero trovador, el Santos Vega⁶, en fin, cantando una décima amorosa, es algo sublime, algo de otro mundo que arrastra en su canto, completamente dominado, a nuestro espíritu.

¡Es una gran raza la raza de nuestros gauchos! Todos ellos están dotados de un poderoso sentimiento artístico. Tocan la guitarra por intuición, sin tener la más remota idea de lo que es la música, y cantan con la misma ternura que improvisan sus *huellas*⁷ llegando, como Santos Vega, a construir esta sublimidad:

*De terciopelo negro
tengo cortinas,
para enlutar mi cama
si tú me olvidas.*⁸

5 *Triste*: canción melancólica, sentimental y dolorosa, muy difundida en nuestro país, en Buenos Aires y en la región pampeana.

6 Santos Vega fue un gaucho oriundo de la provincia de Buenos Aires, al que se ubica habitualmente entre fines de la colonia y comienzos de la patria. Su figura y su historia dieron origen a una leyenda en la cual Santos Vega, payador invencible, termina siendo derrotado por el desafiante Juan sin Ropa, que representaba al diablo, el único que lo podía vencer. Su historia fue escrita en verso por Bartolomé Mitre (*Armonías de la pampa*, 1854), Hilario Ascasubi (*Santos Vega*, 1872) y Rafael Obligado (*Santos Vega*, 1877) y novelada por Eduardo Gutiérrez (*Santos Vega y Una amistad hasta la muerte*, 1880-1886), entre otros.

7 *Huella*: danza y canción criolla en compás de 6/8 y dos secciones: una alegre y otra moderada. Se bailó durante el siglo XIX.

8 Esta copla popular luego formó parte de romanceros y cancioneros. Fue citada como ejemplo de poesía gaucha por Leopoldo Lugones en *El Payador* (1916).

Índice

Literatura para una nueva escuela	5
Puertas de acceso	7
Eduardo Gutiérrez: una vida de aventuras y letras	9
Juan Moreira: una vida de leyendas y entreveros	12
Entre siglos: del discurso criollista a la cultura de mezcla	15
La prensa periódica finisecular	16
Los primeros folletines argentinos	17
Juan Moreira	21
Criterio de la presente edición	22
<i>Como fiera perseguida</i>	23
Los amores de Moreira	33
Un castigo terrible	65
El Cacique	91
La pendiente del crimen	100
Un gaucho flojo	128
Un encuentro fatal	135
El nido de desventuras	165
El último asilo	181
La vuelta al hogar	199
La fuerza del destino	212
La soberbia del valor	222
El guapo Juan Blanco	237
La policía en jaque	253

El Cuerudo.	277
Jaque mate	286
El epitafio de Moreira.	303
La daga de Moreira.	308
Epílogo.	315
Manos a la obra	317
Sobre el folletín y la recepción de la obra	319
Periodismo y literatura	323
Literatura y violencia	324
Reescrituras y versiones	327
Cuarto de herramientas	329
Sobre <i>Juan Moreira</i> . Una lectura, por Loreley El Jaber	331
Periodismo y ficción.	331
El gaucho malo: una “producción” nacional.	333
La ley gaucha	337
Moreira también traiciona	340
Traidores y traiciones.	341
Finales	345
La obra de Eduardo Gutiérrez	347
Algunas versiones de la vida y la leyenda de Juan Moreira.	350
Juan Moreira en caricaturas	353
Otras voces sobre los hombres <i>de avería</i>	355
“Bandidos rurales”, de León Gieco y Hugo Chumbita.	355
“El guapo”, de Evaristo Carriego	357
Bibliografía	361